

La Diirección Hacia la que Tengo que Correr

De verdad debería haber comprado protector solar en aquella primera estación. Miro con odio al sol bajo y siento arrepentimiento por centésima vez hoy. No tengo duda de que me he quemado, y el baño de esta noche va a escocer.

En realidad, ¿cuáles son las probabilidades de que pueda darme un baño? ¿Dónde voy a dormir esta noche si esto sigue así? ¿No será que mi primera noche en Shikoku también será la primera que pase durmiendo en la calle? ¿Dos noches seguidas sin ducharme?

Vamos caminando por una carretera de montaña, y echo un vistazo por la barandilla que corre a lo largo del borde para mirar el gran embalse de abajo.

En el peor de los casos, si no consigo bañarme esta noche, al menos debería enjuagarme con agua fría, pienso con desesperación.

Usando los feeds de redes sociales como guía, hemos estado subiendo y bajando de varios trenes, siguiendo la pista del gatito blanco, alias Daijin. Pero cada vez que llegamos al lugar donde se tomó una foto, aparece una nueva en otro sitio. Esto podría durar para siempre. Pero es nuestra única opción por ahora, y actualmente nos dirigimos al lugar de una foto de hace dos horas. Mostraba a Daijin posando para la cámara en un huerto de mandarinas, con un pie de foto que decía:

“El gatito blanco está visitando nuestra granja. #conDaijin”.

Esa granja debería estar en lo alto de esta carretera de montaña. No ha habido ni una tienda ni un comercio en todo el camino, así que no he podido comprar protector solar.

—¡...!

Oigo una moto acercándose por detrás.



—¡Souta! —grito, corriendo hasta donde él camina unos metros delante de mí y levantándolo por el respaldo.

La moto pasa zumbando a un pelo de distancia.

—...No lo viste venir, ¿verdad? —le pregunto.

—Oh, no te preocupes por mí —se ríe.

Pero en el fondo pienso que le falta sentido de la precaución. ¿Qué haría si lo secuestrara un loco, como los juguetes en Toy Story? Entonces tendría que recuperar una silla además de encontrar un gato. Por otro lado, cargar con esta silla es sorprendentemente duro para los brazos, así que cuando estamos lejos de la gente, le dejo caminar solo bastante a menudo.

De repente, oigo algo caer en la carretera, seguido del chirrido de unos frenos. Apenas distingo una voz femenina diciendo:

—¡Mierda!

Miro hacia arriba en la colina.

—¿...Eh?

Mandarinas están inundando la carretera estrecha. Recuerdo que la moto que acaba de pasar llevaba una caja grande atada al portaequipajes.

—¡Aaaah!

La avalancha de mandarinas se ha extendido por toda la carretera y viene hacia nosotros. Me quedo paralizada, y Souta salta de mis brazos. Lo veo sorprendidamente meterse en el campo junto a la carretera y enganchar una red a su pata antes de volver a mi lado. Es el tipo de red que se usa para mantener a los animales fuera de un huerto.



—¡Suzume, sujeta ese extremo!

—¡Vale!

Souta pasa por delante de mí, tirando de la red, y acabamos cada uno a un lado de la carretera, la red extendida entre nosotros. Casi al mismo tiempo, las mandarinas ruedan hacia la red.

* * *

—...¡Esto no puede ser real! —dice alguien sobre mi cabeza. Miro hacia arriba. Una chica adolescente con casco nos mira boquiabierta. Un poco tarde, Souta finge ser un objeto inanimado caído en el suelo. Él y yo hemos conseguido atrapar hasta la última mandarina en la red.

—¡De verdad, muchísimas gracias! Me habéis salvado —dice la chica, que lleva una melena corta castaña y un chándal escolar rojo, mientras me agarra ambas manos con energía. Un poco desconcertada por su entusiasmo, sonrío rígidamente y le digo que no ha sido nada.

—¡Eres como una maga! ¿Cómo lo has hecho?

—Eh... —digo, aliviada de que no parezca haber visto la silla moverse sola—. Mi cuerpo reaccionó solo... ¿creo?

—¿En serio? ¡Eso es increíble!

Sus ojos grandes y maquillados brillan de verdad.

—Soy Chika. Segundo de bachillerato —dice, señalándose el pecho.

—¡Oh, yo también! Soy Suzume.

—¡Suzume, qué nombre más bonito!

Es muy simpática. Saber que tenemos la misma edad me relaja al instante también.

—Oye, Suzume, no reconozco tu uniforme...

Me llama por mi nombre directamente, sin honoríficos, pero no parece que sea por falta de educación. Me examina de arriba abajo con curiosidad.

—¿No eres de por aquí, verdad?



—Eh, no...

Pienso que haré lo mismo y la llamaré Chika, decido, sintiéndome de repente animada. Le explico mi situación, aunque acabo omitiendo muchas cosas.

—¿Has venido desde Kyushu... para buscar a un gato? —dice, obviamente sorprendida, mientras le enseño la foto del huerto de mandarinas en mi móvil.

Estamos sentadas una al lado de la otra en una franja de tierra junto a la carretera. Noto que el zumbido de las cigarras se ha convertido en un coro de cigarras vespertinas. La superficie del embalse bajo la carretera pasa de azul brillante a gris verdoso.

—¿Entonces el gato es tu mascota? —pregunta Chika, devolviéndome el móvil.

—Bueno, no exactamente... —digo, metiéndome un gajo de mandarina en la boca.

La mandarina era un regalo de agradecimiento de Chika. Es sorprendentemente dulce. Humedece mi garganta seca mientras la dulzura penetra en mi cuerpo cansado. Me meto como seis gajos de golpe en la boca. Son mil veces mejores que el zumo de naranja de la tienda.

—¡Esto está tan bueno que creo que hasta me quitará la quemadura del sol! —digo.

Chika sonríe feliz.

—Perdona por antes. Hay un bache en la carretera.

—¿Un bache?

—Sí. Mi rueda lo pilló de lleno y la goma de la caja se soltó. Ayer no estaba tan mal, pero bueno, es culpa mía por no asegurar mejor la caja.

—Eso suena duro... ¿Es tu trabajo a tiempo parcial?

—No, mis padres trabajan en hostelería. Estas mandarinas son demasiado viejas para dárselas a los huéspedes, así que las llevo a la planta de procesado. Come todas las que quieras. ¡Despídete de esa quemadura!

Nos reímos juntas. La dulzura de la fruta y la voz amable de Chika relajan la tensión de mi cuerpo.



—¿Así que vas de camino a esa granja? —pregunta.

—¡Ah, sí! ¡Eso es! —digo, algo nerviosa, mientras vuelvo a mirar la foto en mi móvil. ¡Esto no puede ser! Me he distraído con la charla después de clase. Una vez que examino la foto, levanto la vista para asegurarme de que estoy en el lugar correcto.

—Chika, creo que esta foto se tomó cerca de...

Estoy a punto de decir “aquí”, pero en su lugar, un jadeo seco se escapa de mi garganta.

—...¿Qué pasa, Suzume?

No puedo contestar. Sé que me está mirando con sospecha, pero no puedo apartar los ojos de cierto punto del paisaje. Mis ojos están pegados a eso.

¿Por qué? ¿Por qué aquí?

Las cigarras vespertinas han enmudecido. En la ladera boscosa más allá del embalse, una bandada de cuervos da vueltas. Dividiendo la bandada por la mitad, una columna de humo rojo oscuro se eleva lentamente hacia arriba. Parece brillar débilmente. Un gusano enorme, visible solo para Souta y para mí.

—Eh, ehm...

Mi voz tiembla. Cojo a Souta de donde está a mis pies y le digo a Chika:

—¡Perdona, me ha surgido algo! ¡Perdona!

—¿Qué? ¿Te ha surgido algo? ¿Eh?

Salgo corriendo, abrazando la silla contra mi pecho. Bajo la carretera de montaña hacia el gusano sin ni siquiera mirar atrás a Chika.

—¡Souta, ¿el gusano puede salir en cualquier parte?!

—¡La Puerta de esta tierra debe haberse abierto! Si no la cierro rápido...

¿Otro terremoto? Un escalofrío me sube desde las plantas de los pies. Corro más deprisa, intentando aplastar esa horrible sensación bajo mis pasos. El gusano largo y gordo sigue subiendo hacia el cielo.

Souta suena nervioso.

—¡No llegaremos a tiempo!



—¡Pero...!

—¡Eh, Suzume!

Alguien me llama por detrás. Miro hacia atrás. Es Chika, en su moto. Frena de golpe delante de mí.

—¡Chika!

—No sé qué pasa, pero tienes prisa, ¿verdad? —me dice, mirándome solemnemente a los ojos—. ¡Súbete!

Entre los árboles que pasan a toda velocidad, vislumbro el gusano brillando débilmente con un color cobre rojizo. El sol se ha puesto sin que me diera cuenta. Me aferro a Chika, sentada en el portaequipajes de la moto mientras avanza por la carretera de montaña vacía. En medio del crepúsculo cada vez más violeta, el gusano parece una versión siniestra y roja de las noctilucas que iluminan el mar.

—¿Seguro que es por aquí? —grita Chika por encima del ruido del motor y el viento, sin girar la cabeza.

—¡Por aquí arriba hubo un corrimiento de tierras hace tiempo y ya no vive nadie!

—¿Un pueblo abandonado? ¡Entonces es ahí! ¡Llévame!

Le grito antes de susurrar a Souta:

—¿Va a haber un terremoto?

—A medida que el gusano se extiende por el cielo, absorbe energía de la tierra y gana peso. Cuando cae al suelo, provoca un terremoto. Si cerramos la puerta antes de que caiga el gusano, podemos evitarlo. ¡Esta vez lo haremos bien!

El faro de la moto refleja con fuerza una señal grande que parece aparecer de la nada. Chika frena en seco. La señal dice en letras grandes: CARRETERA CORTADA POR DESPRENDIMIENTO, y debajo hay varios conos de tráfico de colores. Escombros y tierra bloquean la carretera más allá de la señal. No parece que podamos seguir en moto.

—¡Aquí está bien! —digo, bajándome de la moto con la silla en brazos y echando a correr—. ¡Gracias, Chika!

—¡Eh, espera, Suzume!

Su voz se pierde a mi espalda. Mi corazón late a toda velocidad. Al final de la carretera bloqueada, más allá de una aldea negra



como la boca del lobo, el gusano negro rojizo brilla. El suelo está embarrado. Me quito el barro de los mocasines mientras corro.

—¡Suzume, no tienes que venir más lejos! —dice de repente Souta, saltando de mi cuerpo al aire.

Como un perro liberado de la correa, sale disparado a toda velocidad.

—¡Souta, espera!

—¡Es demasiado peligroso! ¡Vuelve con la chica de la moto!

—¡Souta!

Parece una bestia de tres patas mientras desaparece entre los escombros oscuros. No hagas esto, Souta. Vuelvo a llamarle, pero no responde.

—¡...!

Me detengo, de repente sin aliento. Mis pulmones necesitan aire y lo absorben por sí solos. El olor fétido y dulce entra con él, y toso violentamente. Intento desesperadamente recuperar el aliento y olvidar el olor; luego intento fingir que no existe y le digo a mi nariz que no lo perciba. Me tomo mi tiempo para expulsar todo el aire contaminado de mi pecho. Finalmente, mi respiración se calma y miro a mi alrededor, asegurándome de respirar superficialmente.



Tejados y postes de teléfono aún enterrados en tierra están esparcidos caóticamente como bultos negros. Más allá, un río rojo cae hacia el cielo, cada vez más brillante. La tierra bajo mis pies tiembla de forma extraña, como si algo se moviera todo a la vez hacia el río rojo. Estoy sola en este lugar. Por alguna razón, estoy aquí sola. Otra vez. Una ansiedad y un miedo insoportables me invaden, como si alguien hubiera cometido un error y no pudiera despertar de una pesadilla—y necesito despertar. Me siento como una niña abandonada. Estoy rodeada de tejados inclinados enterrados en barro, paredes extrañamente erguidas y ventanas negras que no reflejan nada.

De repente, las lágrimas que se habían acumulado en mis ojos se desbordan, y el rojo del gusano lo cubre todo. Souta me dijo que volviera a casa. Que regresara con la chica de la moto.

—¿Me estás diciendo que vuelva con Chika? —digo en voz alta—. ¿Que vuelva a casa, que regrese a Kyushu?

El olor nauseabundo y dulce sigue rodeándome. Ya está, inevitablemente, dentro de mí. Está aquí, una presencia extraña imposible de ignorar. De repente, una sensación parecida a la rabia hierve bajo mis costillas.

¿Por qué está pasando esto otra vez? Después de llegar hasta aquí. A pesar de todo lo que hemos hecho. ¿Por qué?

—¿¡De qué sirve eso!?! —grito, arrancando las palabras de mi cuerpo.

Echo a correr tras Souta en la oscuridad, lanzándome hacia delante con todas mis fuerzas. Mis mocasines aplastan barro, cristales y algo de plástico. Con cada zancada, el miedo y la ansiedad se disipan.

Sí, este es el camino. Si corro hacia Souta, la ansiedad desaparecerá. Si corro en la dirección contraria, solo crecerá y crecerá. Por eso tengo que ir por aquí.

Cuando llego a lo alto del camino oscuro, tengo una vista clara de la zona de delante. Más allá de capas de casas abandonadas, una escuela se alza sola. El gusano está saliendo del edificio escolar. Bajo hacia ella, zigzagueando entre casas vacías. Veo la puerta de la escuela delante de mí. Hay una colina a la derecha del edificio, y la tierra de la colina ha enterrado la mitad derecha del patio. Cruzo la puerta y entro en el patio. Sacos de arena están apilados junto a la tierra, extendiéndose unos cien metros hasta el edificio.

—¿...La escuela se ha convertido en una Puerta?

El gusano sale en un violento río fangoso por la entrada principal de estudiantes. Bajo su resplandor, a la izquierda, veo algo. Una pequeña silla infantil, empujando con todas sus fuerzas una de las grandes puertas dobles de aluminio.

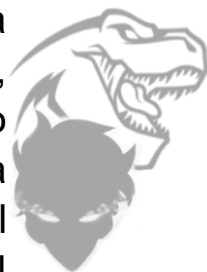
—¿¡Souta!?

—¿¡Suzume!?

El río rojo y fétido fluye justo sobre mi cabeza. El barro bajo mis pies es un reflejo viscoso de su resplandor.

—¡La llave! —grita Souta, aún empujando la puerta.

El resplandor del gusano brilla sobre algo a medio camino entre yo y la entrada. Es la vieja llave que debería haber estado colgada



de su cuello, ahora medio enterrada en el barro. Corro y la recojo con la mano derecha. Sigo corriendo hacia donde está Souta. Mis pies resbalan y caigo de lado en el barro, pero me levanto enseguida y me arqueo sobre él, empujando el borde de la puerta de aluminio con la mano libre.

—¡Suzume!

Me mira enfadado mientras él también empuja el borde de la puerta con el asiento de la silla.

—¿¡No tienes miedo de morir!?

—¡No!

Él se queda sin aliento. Pero yo, de verdad, no. Hace mucho que no tengo miedo a la muerte. Bajo mi mano izquierda, la puerta tiembla de forma extraña, como si alguien al otro lado que no entiende palabras empujara sin motivo. Mi mano derecha está en el suelo, apretando la llave con barro y todo.

—La llave... —dice Souta, empujando con todas sus fuerzas—. La corriente me empujó hacia atrás y salió volando. No pude alcanzarla. Estoy tan agradecido de que hayas venido...

Planta sus tres patas firmemente y empuja. Yo pongo toda mi energía en el brazo izquierdo y, poco a poco, vamos cerrando la puerta. La erupción se estrecha. Solo un poco más. Miro al gusano y sigo empujando.

—¡Oh, no!

El gusano se ha convertido en una flor de bronce rojizo que florece en el cielo. Miro el patio de la escuela. Incontables hilos dorados se estiran hacia arriba, hacia la flor. Está absorbiendo energía de la tierra. La flor se vuelve pesada y empieza a descender lentamente hacia el suelo.

—¡Suzume, ciérrala tú!

Souta grita desde debajo de mi pecho.

—¿¡Yo!?

—¡No tenemos tiempo! ¡Cierra los ojos y piensa en la gente que vivía aquí!

—¿¡Qué!?

—¡Eso hará que aparezca la cerradura!

—¡Para ti es fácil decirlo!



Le miro. Sigue mirando la puerta y dice con seriedad:
—Te lo suplico. No puedo hacer nada—no he podido hacer nada en este cuerpo... ¡Por favor, cierra los ojos!

La desesperación en sus palabras es como un puñetazo en el estómago. Cierro los ojos.

¿Y ahora qué? ¿Pensar en la gente que vivía aquí? ¿Cómo? Imagina cómo era este lugar antes. La gente que debió de vivir aquí. Sus sentimientos. Si lo imaginas, ¡oírás sus voces!

Cómo era este lugar antes. Intento imaginarlo. La escuela rodeada de montañas. El gran patio iluminado por el sol. Dos grifos para beber agua a cada lado de la entrada, como en mi escuela. En este lugar ahora enterrado bajo tierra, los alumnos con chándal debieron de beber agua de esos grifos. Chika. Su sonrisa abierta. El agua de los grifos es dulce y fría.

“*¡Despídete de esa quemadura!*” —dice, riendo con una amiga.
“*Buenos días.*” Este lugar debió de estar lleno de energía al empezar el día.

“*Buenos días, buenos días, buenos días.*”
Puedo oír las voces. Alumnos arrastrando los pies los días de examen, difundiendo rumores sobre los profesores, planeando declararse a su amor secreto. Veo los colores. Un color de chándal diferente para cada uno de los tres cursos. Uniformes de marinera blancos que reflejan el sol de la mañana. Faldas azul marino subidas por encima de las rodillas. Camisas blancas relucientes con el primer y segundo botón desabrochados, cabellos teñidos en secreto.



“Oh, dioses divinos que habitáis bajo esta tierra.”

Souta está entonando esa misma cadena misteriosa y melódica de palabras.

“Nos habéis protegido durante generaciones. Vuestras montañas y ríos, que durante tanto tiempo hemos llamado nuestros...”

—¡...!

La llave en mi mano derecha empieza a calentarse. Brilla con una luz azul. Un haz de luz azul se eleva desde la llave y se concentra en la puerta de aluminio. Justo al lado de mi mano izquierda, que sigue empujando el borde de la puerta, aparece una cerradura luminosa.

—¡Ahora! —grita Souta, y yo introduzco la llave en la luz.

—¡Respetuosamente os las devolvemos! —grito mientras giro la llave.

Siento cómo algo encaja en su sitio. El cristal de la ventana de la puerta se hace añicos y cae sobre nuestras espaldas. Se oye un sonido como de una burbuja hinchándose y explotando, y sobre nuestras cabezas, el gusano se retuerce y se deshace. El aire se vuelve de repente ligero, como si una nube de lluvia plomiza hubiera sido arrastrada por el viento. Unos segundos después, la lluvia cae a cántaros, refractando la luz en patrones complejos y lavando las ruinas a nuestro alrededor en una ducha rápida.



—Haah, haah, haah...

Me siento en el barro, recuperando el aliento y mirando al cielo. Han salido algunas estrellas. Los insectos nocturnos cantan. El olor exuberante de la vegetación veraniega llena el aire. La entrada de la escuela vuelve a estar tranquila. Abandonada y en silencio, decayendo. A mi lado, Souta exhala dos veces.

—¿Eh?

—Ja-ja... ¡ja-ja-ja-ja!

Se ríe, una carcajada profunda y sonora. Con un golpe, se gira hacia mí.

—Lo has conseguido, Suzume. ¡Has detenido el terremoto!

—¿Lo he hecho...? ¿He detenido un terremoto? ¿Yo? ¿De verdad...?

Una ola de emoción sube desde mi estómago y se convierte en una sonrisa en mi cara.

—¡No me lo puedo creer! ¡Lo hemos conseguido, lo hemos conseguido!



Souta también sonríe. Está completamente cubierto de barro. También mi ropa, y probablemente mi cara. Es como la prueba de lo que acabamos de hacer, y me siento orgullosa, emocionada y feliz de estar tan sucia.

—¿No somos increíbles? —pregunto, acercando mi cara a la de Souta.

Puedo ver su expresión en los dos ojos tallados en el respaldo. Puedo sentir la amabilidad en ella.

—¡Suzume increíble! —dice una voz infantil cerca.

—¿Eh?

Miro instintivamente hacia donde viene. A poca distancia, en el patio oscuro, distingo una pequeña figura blanca. Sus ojos amarillos y redondos me miran. Moviendo lentamente la cola, el gatito blanco abre la boca.

—Se abrirán más Puertas —dice.

—¡La Piedra Angular! —Souta se lanza hacia él, pero Daijin ya ha desaparecido en la oscuridad.

—...¿El gato abrió esa puerta? —susurro con la voz temblorosa.

Souta sigue mirando hacia la oscuridad donde se ha ido el gato.

